



MISA DEL DÍA - 25 de diciembre 2021

Solemnidad de la Natividad del Señor



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Is 52,7-10 Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios

Este oráculo profético hace parte del llamado Libro de la Consolación (Is 40-54), donde el profeta alienta al pueblo, ante la posibilidad del regreso del exilio en Babilonia. El texto se desenvuelve a modo de anuncio triunfal del Señor después de una dura batalla. El mensajero que trae buenas noticias proclama la paz, es decir, la victoria del Señor en la guerra. En consecuencia, el Señor mismo retorna para tomar posesión de Sión y desde ella instaurar un reino de justicia. El regreso del exilio se presenta entonces como una demostración de la victoria del Señor sobre las naciones opuestas a Israel. Su poder salvador se extiende desde Jerusalén a los lugares más apartados de la tierra. El oráculo leído en clave cristiana proclama la venida del Mesías redentor, que viene proyectado desde Israel para llevar su paz a todos los pueblos. Como fruto de esta salvación universal el pueblo creyente es invitado al agradecimiento y a la alegría.

Salmo 97 Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios

Este cántico, que hace parte de los salmos reales, proclama el poder del Dios de Israel, percibido como el rey de su pueblo. El himno canta las hazañas victoriosas del Señor, no solo en Israel sino en las naciones, señalando así que su reinado se extiende a toda la tierra. Por este motivo, se invita al orante a la alabanza, empezando desde la experiencia de fe de Israel hasta hacerla llegar a todos los pueblos. El cántico privilegia el ámbito litúrgico para proclamar la alabanza del reinado universal del Señor. De allí la centralidad que el texto otorga al uso de instrumentos musicales, propios del culto ofrecido en el Templo de Jerusalén durante las fiestas principales.

Hb 1,1-6 Dios nos ha hablado por el Hijo

Estos versículos, que constituyen el exordio de toda la carta, tienen el objetivo de presentar el tema principal tratado en la epístola: la singularidad de Jesús, Hijo de Dios, quien por el carácter sacerdotal de su sacrificio, ha realizado de una vez para siempre la purificación de los pecados. El texto pone de relieve diversos elementos de continuidad y discontinuidad en la comunicación de Dios con su pueblo y con el mundo. Por un lado, el diálogo divino con los profetas continúa





ahora en la manifestación de la Palabra suprema: el Hijo. Por otro lado, este Hijo posee una cualidad diferente a los profetas e inclusive a los ángeles, ya que él ha sido constituido heredero del mundo. Su superioridad no se debe solamente a su misión, sino ante todo a su esencia: él es la impronta del ser divino. Su papel como artífice y heredero de la creación demuestra su condición divina, convocando a toda creatura terrena y celeste a su adoración. Este exordio pretende resaltar que el Hijo y el Padre comparten la naturaleza divina, de modo que la purificación de los pecados hecha por Jesús en el mundo fue en verdad realizada por Dios mismo.

Jn 1,1-18 *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

Este elaborado himno cristológico, que tiene como centro temático la encarnación de la Palabra divina, viene puesto como prólogo de todo el Evangelio de San Juan. Su autor se inspira en diversos discursos sapienciales del Antiguo Testamento, donde se proclama la existencia de la sabiduría anterior a todas las obras de Dios, su preeminencia en la creación y su acción benéfica en el mundo (cf. Pr 8,22-36; Si 24,3-32; Ba 3,9-4,4; Sb 9,9-12). Tanto literaria como temáticamente este himno también se conecta con el inicio del primer relato de la creación (Gn 1,1-4). Con esta alusión, el autor resalta que la venida del Verbo en el mundo es el inicio de una creación nueva. El himno también enfatiza el papel de Juan el Bautista como precursor y testigo de esta obra divina. El lenguaje simbólico, característico de este Evangelio, se utiliza abundantemente para explicar la naturaleza y función de la Palabra encarnada como vida, luz, gloria, gracia, verdad. Frente a su venida al mundo, los hombres deben tomar una posición, sea de acogida o de rechazo. Israel, primer llamado, lo ha irónicamente repudiado. Sin embargo, la acogida permanece como una puerta abierta para todo el que cree, haciéndolo participar de la naturaleza divina. La unión de la Palabra con la carne permite a Dios morar (verbo griego *skenoo*; habitar en una tienda móvil) de forma permanente en la naturaleza humana, como antaño lo había hecho con su pueblo en la Tienda del Encuentro en el desierto.





II. PISTAS PARA LA HOMILÍA

Unión de Dios con el hombre: Las lecturas hacen hincapié en el carácter irrevocable de la encarnación de la naturaleza divina, realizada en Jesús y manifestada al mundo mediante su nacimiento. Frente a una sociedad que hoy menosprecia las características propias de la condición humana, otorgando preferencia al mundo animal o vegetal, la opción de Dios de habitar para siempre en el hombre propone un mensaje cierto de esperanza y revaloriza nuestra propia humanidad. La Palabra invita a subrayar una vez más la dignidad universal de toda vida humana, un elemento que no depende de las respuestas morales acertadas o equivocadas de los individuos como tampoco de sus condiciones sociales o económicas.

Invitación a la alegría: La noticia del nacimiento de Jesús, expresión de la fidelidad de Dios con los hombres, es una fuente generadora de paz y un signo de alegría para quien la acoge. El tiempo de pandemia ha sembrado incertidumbre y ha logrado extender un clima de desaliento de cara al futuro. La encarnación del Hijo de Dios y su posterior nacimiento constituyen un anuncio que invita a mirar la realidad presente con ojos de trascendencia. En la presencia de Dios sobre la tierra, se encuentra una esperanza alegre para cualquiera que la reconoce, sobre todo en tiempos de crisis y desconfianza.

Nueva creación: La aparición del Hijo de Dios sobre la tierra, preanunciada por los profetas, constituye el inicio de una novedad en el mundo, novedad que impulsa a los creyentes a nuevas formas de vivir sus relaciones con Dios y con los hombres. Nuestra sociedad privilegia las experiencias religiosas novedosas, por encima de aquellas que se perciben como tradicionales o anticuadas. La encarnación de Dios y su nacimiento como niño pueden ser presentados como hecho religioso antiguo, pero de carácter radicalmente novedoso. Un Dios que elimina de modo definitivo la distancia entre Él y su criatura expresa la realización de una nueva forma de presencia de lo sagrado en el mundo. El misterio de la Navidad invita a toda persona a acercarse al amor de Dios manifestado en un niño pequeño, ante el cual el temor a un Dios castigador o vengativo desaparece.

Navidad, misterio que se actualiza: La Palabra que se hace carne y toma morada en Jesús, nacido en Belén, no es solamente una narración de un hecho histórico bello, sino ante todo la proclamación de que todos podemos participar, en nuestras condiciones actuales, del misterio de esa vida nueva. El Prólogo de Juan muestra que la fe tiene la fuerza hoy de introducir a las personas en ese misterio vivo de la Palabra Encarnada. Frente a promesas actuales que ofrecen la creación de un paraíso terrenal individualista construido bajo la única premisa del éxito personal, el misterio de la Navidad invita a la acogida sencilla en el hoy de nuestras vidas de la Palabra de Dios. Ella es capaz de transformar cualquier situación de aislamiento y soledad construyendo vínculos sociales renovados, que se expresen mediante la solidaridad, la entrega y el servicio.





III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

Hermanos, Feliz Navidad para todos. Estamos de fiesta. Celebramos el Nacimiento de nuestro Salvador. Jesucristo, el Hijo eterno del Padre, consagra el mundo con su misericordia, naciendo en Belén de la Virgen María. La emoción de saber que Dios está en medio de nosotros nos debe llenar de alegría el alma y el corazón. Y, junto a esta alegría inmensa, nuestra actitud reflexiva y atenta ante una Palabra que se actualiza en lo que celebramos. Participemos con gozo en la Eucaristía; pues Jesús inicia su camino de salvación y nosotros asistimos asombrados y felices a su nacimiento en este día solemne de Navidad.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Se nos pide hoy acoger al mensajero que anuncia que Dios ya reina entre nosotros y, con Él, llegan el consuelo y la salvación a todos los hombres. Este ha sido el plan de Dios desde tiempos inmemoriales: enviarnos a su Hijo para que todos los hombres tengan vida y lleguen a ser sus hijos. Acojamos esta Palabra y con ella la salvación que trae Jesús, luz verdadera que disipa toda tiniebla.

ORACIÓN DE FIELES

Presidente En este día de Navidad, en el que el cielo y la tierra se unen y Dios y el hombre se abrazan, dirijámonos a Dios con humilde fe.

R/. Danos, Señor, tu gracia y tu salvación.

1. Por el Papa Francisco, nuestros obispos y sacerdotes, para que sean siempre ministros fieles de la Palabra y mensajeros del amor de Dios. Oremos.
2. Por todos los gobernantes de la tierra, para que se dejen guiar por la verdad de la Palabra divina desterrando de sus vidas toda mentira y falsedad. Oremos.
3. Por los que sufren la enfermedad, la marginación o el rechazo y por los que están solos o necesitados para que encuentren un corazón misericordioso que les atienda, una palabra de consuelo que los acoja y experimenten así la cercanía de Dios. Oremos.
4. Por todos los niños de la tierra, para que se vean libres de toda maldad, se respeten sus derechos y crezcan en sabiduría, inocencia y en gracia como Jesús. Oremos.
5. Por todos nosotros para que descubramos en el niño Dios al salvador y cumplamos fielmente su Palabra, prolongando en la vida de cada día la Navidad. Oremos.

Presidente Padre misericordioso, que enviaste a tu Hijo al mundo para salvarnos, escucha las súplicas que hoy agradecido tu pueblo te presenta y concédenos acoger en Jesús la vida, la paz y la luz que tú nos das. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

